

# Traducir a Freud en Buenos Aires



Hugo Vezzetti

**U**n capítulo notoriamente descuidado en el abordaje de la implantación del discurso freudiano en la Argentina ha sido, hasta hoy, el de las traducciones de sus textos. Ese patente desinterés, al que sólo escaparon sus traductores argentinos en sus reflexiones sobre la labor que llevaban a cabo, tiene que ver, por otra parte, con que los problemas más bien complejos de la *recepción* de Freud han sido constreñidos, en el campo psicoanalítico, a la dimensión de la formación o la “transmisión”, es decir, han sido concebidos centralmente en términos de una “iniciación”, una cooptación más o menos pautada institucionalmente.

Aunque no puede decirse que se hayan desconocido los límites de las traducciones disponibles, si, más aún, ha habido un trabajo exigente sobre problemas de vocabulario, una lógica de transmisión directa, oficiada muchas veces en presencia por “pequeños maestros”, parecía asegurar su destino a una verdad inherente al texto, situada más allá de las vicisitudes de lectura y reescritura. A partir de ello, resultaba superfluo encarar un estudio fundado e integral de las traducciones. Y si hubo —y hay— polémicas enconadas acerca de los fundamentos de aquel contenido de verdad, justamente porque se lo concibe inscripto de una vez y para siempre en el texto o en la propia tradición de “enseñanza”, las querellas solo pueden abarcar las diferencias de lectura bajo la figura de la “desviación”.

Es fácil ver que el reconocimiento mismo de la dimensión de la *historia* está afectado allí donde domina el choque de las

ortodoxias. Porque precisamente si hay historia del psicoanálisis es porque ha habido una incorporación compleja y diversificada de experiencias de lectura en un horizonte activo de apropiación. Es la dirección señalada, por otra parte, por Elisabeth Roudinesco al enunciar una tesis historiográfica “pluralista”, que concibe su indagación del psicoanálisis en Francia como una “historia de lecturas sucesivas” y sostiene que “no se puede escribir la historia si uno se concibe como el lugar de la verdad”<sup>1</sup>.

Las traducciones de Freud, tanto en su escritura como en los modos de su edición y circulación, adquieren un relieve propio y exigen ser analizadas como obras en sus efectos sobre el original y sobre el público. Como tales, trasponen en el texto sus marcas de lectura, tienden a alinearse con otras obras, reinscriben a sus destinatarios, en fin, reconstruyen o fundan tradiciones, operaciones que se acentúan por el recurso de los prólogos, comentarios y notas.

Menos reconocidas aún han sido las condiciones “extra-textuales” en la incorporación del discurso freudiano, las que tienen que ver con iniciativas editoriales y mecanismos de inserción en el campo cultural y que finalmente remiten al proceso de constitución y ampliación de un público —“lego” desde las regulaciones propias de la corporación psicoanalítica— que se orienta a leer a Freud como un autor instalado en el horizonte del pensamiento moderno.

Desde la primera posguerra y, sobre todo, desde los trein-

ta, en la traducción de López Ballesteros<sup>2</sup> o a través de versiones de divulgación, Freud fue encontrando un público heterogéneo que se mostró capaz de desplegar experiencias de lectura diversas y, a la vez, autónomas respecto del patrón de recepción instalado en los círculos médicos y psiquiátricos. Las primeras iniciativas de traducción integral de Freud en Buenos Aires, en los cuarenta y los cincuenta, no pueden ser entendidas sino a partir de ese movimiento de construcción de un público, en un período de fuerte expansión del mercado editorial.<sup>3</sup> En este punto, en lo que se refiere al papel que cumplieron un puñado de editoriales de Buenos Aires en la recepción mediatizante de la filosofía, la ciencia y la literatura de Occidente, es de lamentar la ausencia de investigaciones históricas específicas.

La recepción no psiquiátrica del freudismo se inicia por la vía del ensayo y la divulgación. En ese sentido, la inclusión de Freud en el catálogo de la Editorial Tor, una de las principales productoras de "libros baratos", en grandes tiradas,<sup>4</sup> hace patente el "encuentro" del creador del psicoanálisis con un público nuevo y, en gran medida, diverso y extendido respecto de los círculos ilustrados tradicionales. Tor había publicado, en 1933, la biografía de Freud por Stefan Zweig, reeditada luego varias veces. El retrato que ofrecía del maestro vienés como reformador moral y profeta de los tiempos nuevos era recibida, por otra parte, conjuntamente con las evidencias de la crisis social, política y cultural que recorría Occidente. Más importante aun fue la iniciativa de la misma editorial que puso en circulación una "Enciclopedia" bajo el título *Freud al alcance de todos*, en diez tomos, con títulos de impronta "sexológica" y firmados por el Dr. Gómez Nerea, pseudónimo del poeta peruano Alberto Hidalgo.<sup>5</sup>

En otra iniciativa de traducción dirigida a un público menos extenso, la editorial Losada publicó en 1939, muy poco después de la edición original, la primera versión castellana de *Moisés y la religión monoteísta*, traducida por el penalista e intelectual español Luis Jiménez de Asúa, establecido en Buenos Aires. Si en 1936, al cumplir Freud ochenta años, la revista *Sur* se había sumado al homenaje internacional con un extenso artículo de su secretario de redacción,<sup>6</sup> era porque el homenaje recibía, en el campo intelectual porteño los ecos del interés y el reconocimiento de los escritores (S. Zweig, Th. Mann y Wolfi, entre otros) que habían impulsado esa demostración. A ello se agregaba la solidaridad para con una víctima del nazismo, por parte de intelectuales mayormente inclinados a posiciones antifascistas, en un medio que vivió intensamente los alineamientos políticos que convulsionaban a Europa. Como muestra de esa solidaridad Freud había recibido años antes, en 1933, una invitación para radicarse en Buenos Aires. Un periodista austríaco, en un artículo que tuvo amplia difusión, después de una visita a Freud, lo describió como un anciano desvalido y temeroso ante el ascenso hitleriano. A raíz de ello recibió algunos ofrecimientos para emigrar, entre ellos el del poeta Xavier Bóveda, español residente en Buenos Aires, quien, en nombre de un grupo de escritores, lo invitó a trasladarse a la capital argentina. Freud, que se había enfurecido por el artículo en cuestión, declinó el ofrecimiento, acusando al periodista de haber distorsionado su actitud, y, a la vez que anunciaba su disposición a no abandonar Viena, agrade-

cía cordialmente la expresión de simpatía que la invitación expresaba.

Como queda evidenciado hasta aquí, en esa recepción cultural de Freud en la Argentina cumplieron un papel destacado algunos intelectuales españoles emigrados, como Jiménez de Asúa, Guillermo de Torre o el mencionado Xavier Bóveda, del mismo modo que lo hizo el español Angel Garma en el proceso de fundación de la Asociación Psicoanalítica Argentina, en 1942.

La primera edición —inconclusa— de las obras completas de Freud en Buenos Aires (Editorial Americana, 1943-1944) es contemporánea a la creación de la APA. Pero el núcleo fundador de la institución no tuvo que ver directamente con la edición ni asumió la responsabilidad de la traducción de los textos vertidos al castellano por primera vez. La decisión provino de un editor que constató que la edición española, incompleta, estaba agotada hacía mucho tiempo y sin perspectiva cercanas de reedición y creyó interpretar las demandas del mercado. El proyecto contemplaba veintidós tomos, de los cuales dieciseis reproducían la versión española de López Ballesteros, incluido el prólogo de Ortega y Gasset. Para los cinco tomos restantes, que agregaban trabajos no publicados hasta entonces en castellano, se recurría a Ludovico Rosenthal como traductor. Finalmente, la edición se interrumpe, por decisión del editor, con la salida del tomo XIX.<sup>8</sup>

Ludovico Rosenthal, que nunca terminó sus estudios de medicina ni fue miembro de la APA, comenzó muy joven una lectura de Freud en alemán; desde entonces, a comienzos de los cuarenta, mantuvo una relación perseverante con los textos freudianos y dedicó muchos años a una labor sistemática de traducción de los que no estaban vertidos al castellano. De cualquier modo, recién va a poder publicar íntegramente su trabajo a partir de 1952, cuando la editorial Santiago Rueda retome la empresa y complete en cuatro años esa proyectada edición en veintidós volúmenes; para entonces la anterior de Americana estaba ya agotada. Santiago Rueda fue el iniciador y responsable del proyecto;<sup>9</sup> se trataba de uno de los editores más dinámicos y prestigiosos de Buenos Aires, desde los cuarenta, selectivo respecto de su catálogo, cuidadoso de los textos y de la calidad gráfica de sus libros. Publicó numerosas traducciones de autores europeos y norteamericanos, entre otras la primera versión del *Ulises* de Joyce en castellano y obras de Th. Mann, M. Proust, H. Hesse, S. Kierkegaard.

Entretanto, la editorial madrileña había sacado una nueva edición en 1948, en dos gruesos volúmenes, que incluía todos los trabajos ya publicados —ordenados de un modo diferente, con criterio temático— y agregaba catorce más bajo la denominación "Psicoanálisis aplicado", en versión de López Ballesteros; salvo dos de ellos, los textos habían sido ya traducidos por L. Rosenthal y publicados en la edición de Americana. De la comparación de los prólogos escritos por Rosenthal<sup>10</sup> con el que se incluye en la versión española<sup>11</sup> surge la distancia en el marco conceptual de lectura y en los criterios con que se resalta la significación científica y cultural de Freud. Esto es particularmente contrastante frente al modo en que el prologuista español había buscado asentar la legitimidad del psicoanálisis en valores externos al texto, sea por la vía de la com-



patibilidad con la moral cristiana, sea por la de una rápida integración en los desarrollos contemporáneos de la psicología.

Rosenthal inaugura una reflexión sobre el texto y la traducción que es el fruto de una notable tarea de exégesis de los términos y de los conceptos. Por otra parte, su dedicación continuada a la traducción de Freud se pone en evidencia cuando vuelve sobre sus propias versiones de 1943 para corregirlas a partir de una cuidadosa revisión terminológica. Un nutrido aparato crítico acompaña la traducción con notas aclaratorias de términos y autores citados, referencias intratextuales y referencias cruzadas al conjunto de las obras freudianas. Promete, además un volumen adicional —que nunca se publicó— que debía incluir un diccionario de psicoanálisis, reseña de la bibliografía existente e índices temáticos de los veintidós tomos.

Un criterio central de su traducción partió de que Freud había usado términos corrientes para designar conceptos altamente elaborados, que ya no coincidían con la acepción común; una preocupación crítica justifica, entonces, sus innovaciones terminológicas, que si bien reconocen su deuda con las primeras traducciones del inglés James Strachey no dejan de consignar sus diferencias. La posición del primer traductor argentino se distingue por ser una labor identificada con el destino de estos textos que viene a establecer. En ese sentido, se empeñó en la búsqueda de escritos de Freud que no figuraban en las ediciones en alemán y pudo enorgullecerse de que, mediante su trabajo, la edición de Rueda fuera la más completa hasta ese momento en cualquier idioma, incluida las *Gesammelte Werke*, publicadas entre 1940 y 1952 en Londres. De hecho, hasta que se completó la *Standard Edition* en 1964, Buenos Aires ostentó la distinción de poseer la edición más integral de Freud. Y si bien Santiago Rueda realizó un proyecto que había sido plasmado e iniciado diez años antes, el resultado fue que esa edición fue publicada casi totalmente bajo el primer peronismo. A pesar de la reacción confesional y el conservadurismo de las ideas que dominaban los ámbitos académicos y los órganos culturales oficiales, no obstante la acogida poco favorable de las ideas de Freud en ese campo, la actividad continuada de algunas editoriales —entre las cuales habría que señalar, en esta área temática, a Paidós— mantuvo el movimiento de renovación y modernización de los saberes en las ciencias y las humanidades, contribuyendo así decididamente a la construcción de un público que se hará patente en los sesenta.

El rasgo más destacable de esta primera traducción argentina es la posición aislada y más bien marginal de Ludovico Rosenthal respecto del círculo dirigente de la APA, en la que no había sido admitido como psicoanalista.<sup>12</sup> Colaboró habitualmente en la *Revista de Psicoanálisis*, particularmente con sus traducciones, con reseñas y comentarios de bibliografía extranjera y algunos trabajos históricos, pero nunca publicó artículos teóricos, en una publicación en la cual, por otra parte, predominaba el psicoanálisis clínico. Su traducción, entonces, que abarca casi un tercio de la obra freudiana (e incluye trabajos tan importantes como "El malestar en la cultura", "Moisés y la religión monoteísta", "Compendio de psicoanálisis" (*Abrißs*), "Proyecto de una psicología para neurólogos", la correspondencia completa con W. Fliess y numerosas obras



breves, notas y prólogos del creador del psicoanálisis) es el resultado de un trabajo autónomo en el que no hubo participación de los psicoanalistas fundadores en la fijación de los términos, la discusión de la traducción o la orientación de las notas.<sup>13</sup> Se trata de la versión de un estudioso de los textos, un erudito formado por su propio esfuerzo, lector y traductor en varios idiomas y capaz de rastrear cada una de las referencias filosóficas o literarias del original. Sostenido en una verdadera pasión por los escritos freudianos daba muestras de una familiaridad con ellos que excedía en mucho a la que podían exhibir las figuras rectoras del psicoanálisis.

En 1968, Biblioteca Nueva saca un tercer tomo, con obras de Freud no incluidas en las ediciones anteriores, que resulta un plagio integral de la traducción de Rosenthal, del que se hace responsable Ramón Rey Ardid.<sup>14</sup> Como una evidencia confirmatoria, a la vez del aislamiento del traductor argentino y del interés limitado que el órgano científico de la APA mantenía con el destino de Freud en castellano, ese hecho no mereció ninguna reacción en la *Revista de Psicoanálisis*.

Veinte años después otra editorial de Buenos Aires comienza la publicación de una nueva traducción, esta vez de la totalidad de la obra freudiana. Se trata de Amorrotu, que venía editando desde su creación libros en el área de las ciencias sociales, la psicología y el psicoanálisis. La colección dirigida por Jorge Colapinto había traducido a psicoanalistas franceses (O. Mannoni, S. Leclair, J. Laplanche, P. Aulagnier) en un momento en que otras editoriales mostraban ese giro en la recepción teórica y clínica del psicoanálisis, en la línea de una renovación conectada con la primera enseñanza de Lacan. En el marco de la consigna de un "retorno a Freud", las cuestiones del texto y la lectura encontraban otras condiciones de planteamiento. Por otra parte, desde los sesenta el psicoanálisis se había extendido extraordinariamente en Buenos Aires, en grupos de estudio y nuevos círculos, así como en la universidad.

Desde bastante antes existía entre los psicoanalistas la conciencia de que la versión de López Ballesteros, responsable de los textos fundamentales, era inadecuada para un estudio sistemático, además de contener numerosas erratas y omisiones. Desde la publicación de la *Standard Edition*, en la APA se leía a Freud en inglés, como, por otra parte, quedó de hecho establecido en la organización internacional. Esa hegemonía se mantuvo incluso frente a la nueva traducción<sup>16</sup>: la versión de J. Strachey había quedado consagrada como el modelo establecido y a ella se atienen los intentos de mejorar la traducción castellana.

Nuevamente, no es desde la APA desde donde podía surgir el proyecto de una nueva traducción integral y, como en los cuarenta y en los cincuenta, para dar cuenta de la iniciativa editorial, hay que mirar hacia un público muy extendido, que demandaba otra lectura del texto freudiano y que no podía acceder a ella mediante el recurso costoso y limitativo de leerlo en inglés.

Una condición, entonces, del nuevo proyecto es esa creciente "diseminación" del discurso psicoanalítico, que coincide, por otra parte, con la pérdida de la centralidad en la enseñanza que la APA había conservado por espacio de casi tres

décadas. Como sea, en esa impresionante demanda de Freud que impulsaba innumerables grupos de estudio independientes se mezclaban objetivos de formación profesional y legitimación científica con el prestigio de una ilustración "a la page". En medio del clima de radicalización política y contestación ideológica propio de la Argentina de fines de los sesenta, tal proceso "desinstitucionalizador" del estudio y la formación tuvo efectos que alcanzaron a la propia organización oficial del psicoanálisis. Un debate —a la vez teórico, político e institucional— culminó con la ruptura de la APA en 1971. Aunque el cuestionamiento de las modalidades predominantes de formación, establecidas internacionalmente, formó parte de las críticas que acompañaron esa fractura, no se cuestionó el hábito de leerlo en inglés.<sup>18</sup>

Hacia 1975 Horacio Amorrotu decidió el proyecto y estableció los arreglos correspondientes. José L. Etcheverry, encargado en la editorial de traducciones y supervisiones del francés y el alemán, comenzó por entonces su labor y en 1976 salieron los primeros títulos.<sup>19</sup> Mientras tanto se había establecido la dictadura militar, de lo que resultó que una empresa iniciada en el clima de ideas inconformista propio de comienzos de la década vio la luz bajo un régimen que buscó suprimir las raíces mismas de ese movimiento de transformación del campo intelectual y cultural. Jorge Colapinto participó desde el principio en el proyecto e intervino en la discusión y fijación de la terminología. También se incorporaron en tareas de asesoramiento Santiago Dubcovsky y Fernando Ulloa, psicoanalistas formados en la APA que habían abandonado esa institución en 1971.

Siendo la *Standard Edition* el modelo establecido y aceptado unánimemente en el ámbito local e internacional, no extraña que la nueva edición se atenga al ordenamiento establecido por Strachey y reproduzca sus comentarios y notas. Al mismo tiempo, el segundo traductor argentino sostiene un principio de autonomía respecto de la versión inglesa. Allí donde Strachey había fijado la consigna "Freud, y nada más que Freud", la nueva traducción se orienta según un mandato algo modificado: "el texto de Freud, y sólo el texto de Freud".<sup>20</sup> La nueva traducción se justifica en términos de responder a exigencias de estudio de la obra y en eso denota un cambio en las demandas de lectura que no deja de tener consecuencias en el planteamiento mismo de la traducción. La versión de López Ballesteros, si bien fue fundamental en la difusión amplia del discurso freudiano, presenta una falta de sistematicidad e imprecisiones conceptuales que se muestran de modo más acusado cincuenta años después, cuando se cuenta con una perspectiva crítica elaborada con respecto al conjunto de la obra de Freud. Entre los trabajos en los que se ha "sedimentado" esa sistematización del texto se destaca el *Vocabulaire de la psychanalyse* de J. Laplanche y J. B. Pontalis, traducido al castellano en 1971, instrumento fundamental en esa renovación de la lectura que, además, reforzó el desplazamiento hacia el psicoanálisis en francés.

Los criterios de la traducción han sido ampliamente expuestos por Etcheverry en el tomo introductorio. La sistematicidad fue buscada, ante todo, en un cuidadoso tratamiento de los términos, a partir de la delimitación de "conjuntos terminológicos" pero lo menos que puede decirse es que la extensa



introducción del traductor excede las consideraciones de vocabulario para establecer criterios interpretativos que elaboran núcleos centrales de las teorías freudianas. El ahondamiento conceptual de los problemas de la traducción fija su posición en el sentido de una "literalidad problemática" que reconoce tradiciones. Ante todo la de Ortega y Gasset, por su empeño en promover, a partir de su familiaridad con la cultura alemana, un movimiento de renovación del vocabulario filosófico y científico en idioma castellano. Pero, allí dónde la nueva traducción encara sistemáticamente la terminología del psicoanálisis reconoce su deuda con la versión de L. Rosenthal.

Si el primer traductor, en los cincuenta, había hecho de la relación del psicoanálisis con la medicina y la psiquiatría su marco central de referencia, para Etcheverry, en cambio, los

contextos de significación se amplían en la medida en que se trata de "no sólo ser rigurosos en los conceptos capitales del psicoanálisis, sino conceder una atención igualmente estricta al entronque de la obra freudiana con la problemática antropológica y filosófica del pensamiento alemán"<sup>21</sup>.

Finalmente, la más reciente versión castellana recibe la herencia de esa trama de relaciones en la recepción de Freud a lo largo de más de medio siglo. A través de sus diferentes momentos, en las organizaciones de los psicoanalistas y en la constitución cultural del público, apenas empieza a escribirse una historia orientada a dar cuenta de las transformaciones en las demandas de lectura. En todo caso, Freud mismo la colocó, en los comienzos de su relación con la lengua castellana, bajo la figura del Quijote, y desde entonces parece llevar las marcas de una aventura abierta del pensamiento.

<sup>1</sup> "La bataille de cents ans", entretien avec Elisabeth Roudinesco, *Littoral*, 22, abril 1987, p. 115. Para una consideración de las tesis de la recepción; J. Starobinski, "Preface", en H. R. Jauss, *Pour une esthétique de la réception*, Paris, Gallimard, 1978.

<sup>2</sup> La primera traducción de Freud al castellano, la de Biblioteca Nueva, empezó a publicarse en Madrid en 1922 y sacó diecisiete tomos hasta 1934. En una breve carta al traductor Freud expresó su conformidad con la versión; afirmaba también que era capaz de leer el español porque siendo estudiante lo había aprendido, sin maestros, impulsado por el deseo de leer el Quijote en su idioma original. Véase H. Carpintero y M. V. Mestre, *Freud en España*, Valencia, Promolibro, 1987; Th. F. Glick, "El impacto del psicoanálisis en la psiquiatría española de entreguerras", en J. M. Sánchez Ron (ed.), *Ciencia y sociedad en España*, Madrid, Ed. El Arquero CSIC, 1988.

<sup>3</sup> Sobre la expansión editorial en esos años: J. Rivera, "El auge de la industria cultural (1930-1955)", en VVAA, *Historia de la literatura argentina*, Buenos Aires, CEAL, 1980, t. 4.

<sup>4</sup> L. A. Romero, *Libros baratos y cultura de los sectores populares*, Buenos Aires, CISEA, 1986.

<sup>5</sup> Graciela Musachi, "A propósito de Freud en Buenos Aires (1910-1939)", *Vectores del acontecer analítico*, 7, junio 1990, p. 60. El dato es consignado sin mencionar las fuentes; un librero memorioso, el Sr. Palumbo, me aportó la confirmación. Esos diez volúmenes se reeditan varias veces entre 1935 y 1949 con tiradas de cinco a diez mil ejemplares.

<sup>6</sup> G. de Torre, "Homenaje a Freud", *Sur*, VI, 21, 1936, pp. 99-110.

<sup>7</sup> E. Jones *Vida y obra de Sigmund Freud*, Buenos Aires, Nova, 1962, t. 3, pp. 201-202.

<sup>8</sup> L. Rosenthal traduce el material contenido en el tomo 18 (trabajos de "psicoanálisis aplicado", del tomo X de los *Gesammelte Schriften*, 1924) y el 19, que incluye "El malestar en la cultura", "Agregados y modificaciones de *La interpretación de los sueños*", "Las resistencias contra el psicoanálisis" y otros textos breves. El traductor deslinda responsabilidades respecto de la interrupción de las obras completas en "Prólogo del traductor"; en S. Freud *Obras completas*, Buenos Aires, Rueda, 1954, t. XVIII.

<sup>9</sup> Testimonio del Sr. Enrique Rueda, hijo del editor de Freud, 20/6/90. La iniciativa fue enteramente debida a su padre, quien estableció el convenio correspondiente con la editorial madrileña para usar la traducción de López Ballesteros.

<sup>10</sup> L. Rosenthal, "Prólogo", en S. Freud, *Obras Completas*, Buenos Aires, Americana, 1943, t. XVII, y los "Prólogos del traductor" incluidos en los siguientes tomos de la edición de Rueda: t. XVIII, 1954; t. XIX, 1955; t. XXI, 1955 y t. XXII, 1956.

<sup>11</sup> Editor, "Prólogo", en S. Freud, *Obras Completas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1948, t. I. Muy probablemente el prólogo ha sido escrito por José Germain, quien figura como responsable del ordenamiento y la revisión de la obra.

<sup>12</sup> Sobre L. Rosenthal, que falleció en Buenos Aires en 1983, no hay más información en la *Revista de Psicoanálisis* que el "Obituario" breve que le dedica R. Bruno, asesor técnico de la publicación y que se acompaña de un listado de las traducciones de Rosenthal incluidas en la revista entre 1946 y 1965: *Rev. de Psicoanálisis*, 39, 6, 1982,

pp. 1115-1117. Arnaldo Rascovsky, que analizó a Rosenthal por un tiempo, me aportó más información (entrevistado el 28/9/90), confirmatoria de la posición atípica del traductor en el círculo inicial de la APA y del carácter independiente de su estudio de Freud, ya que Rosenthal no formaba parte de los primeros grupos de estudio. Confirmó también que Rosenthal se había analizado con H. Hartmann (dato consignado por R. Bruno en 1982); si ese análisis se desarrolló en Viena debió ser antes de 1938, cuando Hartmann emigró a París, para dirigirse luego a Suiza y de allí a EE.UU. en 1941 (R. Ekstein y otros, *Historia del Psicoanálisis*, VI, Buenos Aires, Paidós, 1968, p. 90). Rascovsky no pudo precisar la fecha en que se produjo el intento fracasado de Rosenthal por ingresar a la APA; habría sido entre 1943 y 1946.

<sup>13</sup> A. Garma había comentado elogiosamente los dos tomos (18 y 19) de Americana traducidos por Rosenthal, pero apuntaba centralmente a exponer el contenido de las obras de Freud y no la traducción misma: *Rev. de Psicoanálisis*, II, 4, abril 1945, pp. 710-713.

<sup>14</sup> El plagio de Rey Ardid, presentado como "catadrático de psiquiatría y psicología médica de la Facultad de Medicina de Zaragoza", es irrefutable. El vol. XIX de Rueda es reproducido exactamente en B. Nueva, 1968, III, pp. 1-180; el vol. XX, salvo tres páginas, está copiado en pp. 181-341; los tomos XXI y XXII se intercalan con un ordenamiento diferente, pp. 361-1008. Sólo "Análisis terminable e interminable" y "Construcciones en análisis" (B. Nueva, 1968, III, pp. 540-583) son traducciones diferentes de las de Rosenthal. El plagio incluye todas las notas, que son muchas, y la copia es tan burda que al menos en dos ocasiones reproduce notas del traductor que remiten a páginas o tomos de la edición argentina: p. 188 y p. 362. A. Harrington, en 1976 (*Freud en Español* 1, Gnosis ediciones), fue el primero en señalar el plagio.

<sup>15</sup> O. Masotta, uno de los enseñantes de esos grupos de estudio cuenta que en 1974 veía 300 alumnos por semana; si se piensa que había varios más, se concluye que los participantes de grupos de estudio de psicoanálisis sumaban miles; O. Masotta, "Comentario para la Ecole Freudienne de Paris sobre la fundación de la Escuela Freudiana de Buenos Aires", *Ensayos lacanianos*, Barcelona, Anagrama, 1976.

<sup>16</sup> Todavía en 1984 Santiago Dubcovsky ironizaba acerca de un candidato que optaba por adquirir la *Standard Edition*, "que utilizan todos los psicoanalistas de la IPA", en lugar de la nueva edición argentina; lo hace sintiéndose respaldado por las críticas que Bruno Bettelheim había hecho a la traducción de J. Strachey: S. Dubcovsky, "Cuidado con (como) leer a Freud", *Debates*, 1, sept.-oct. 1984; Buenos Aires.

<sup>17</sup> Por ejemplo, la serie de fascículos publicados por el psicoanalista Arnoldo Harrington, *Freud en español*, Buenos Aires, Gnosis ediciones, a partir de 1977, con correcciones y agregados a la versión de López Ballesteros que siguen un cotejo con la de Strachey.

<sup>18</sup> Véase G. Barembliit y M. Matrajt, "El estudio de la obra de Freud", en M. Langer (comp.), *Cuestionamos*, Buenos Aires, Gramica, 1971.

<sup>19</sup> J. L. Etcheverry, "Comunicación personal", 25/6/1990.

<sup>20</sup> J. L. Etcheverry, *Sobre la versión castellana*, Buenos Aires, Amorrortu, 1978, p. 2.

<sup>21</sup> J. L. Etcheverry, *idem*, p. 3.